

Revista de Derecho

SUMARIO

Héctor Salas N.	Estipulaciones en favor de personas indeterminadas y de personas futuras	Pág. 2833
Bernardo Gesche M.	Del plazo suspensivo y extintivo	" 2857
Rolando Peña L.	Algunas consideraciones sobre la guerra	" 2873
David Stitchkin M.	El mandato civil (Continuación)	" 2887
Miscelánea Jurídica	Algo sobre expropiaciones	" 2943
Jurisprudencia	Falta de personería. — Prescripción adquisitiva	" 2977
	Abandono de instancia	" 2985
	Reclamo de multa por infracción del Código Sanitario	" 2987

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

Rolando Peña López

Algunas consideraciones sobre la guerra (*)

“Es más extraordinario que el hombre haya inventado la Odisea, el Don Quijote o el Hamlet, que no el que sepa producir millones de heridos, de muertos y de prisioneros” (Juventud Egoísta—Pío Baroja).

NO pretendemos desarrollar un trabajo de largo aliento, sino que simplemente tratar con sinceridad este tema eterno, puesto el corazón frente a las madres de la vieja Europa que lloran; a las esposas que viven la vida del marido muerto y del hogar en ruinas; a las novias que ven marchitarse sangrientamente una ilusión, y a los niños que, con su inconsciencia captadora de impresiones vitales, van almacenando en su alma hecha capullo, la infinita amargura de saborear prematuramente la inhumanidad de los hombres.

La guerra ¿constituye un progreso para la humanidad? Desde tal aspecto, y considerada en relación con la religión, lo moral, su legitimidad, su utilidad y sus consecuencias, ha dado margen a las controversias más diversas y a las opi-

(*) Discurso pronunciado en la inauguración del año escolar de 1941 en el Aula Magna de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

niones más opuestas, algunas de las cuales nos vamos a permitir transcribir en este ensayo.

El doctor Lieber estima que la guerra es un poderoso elemento de civilización, y cita como ejemplo, los resultados que tuvieron las guerras de Alejandro El Grande.

"Por muy paradójico que este argumento pueda parecer, dice, es indudable que la guerra pone a los pueblos en contacto inmediato y opera un cambio profundo de pensamientos y de sentimiento entre las naciones, que, de otro modo permanecerían aisladas; es una lucha, es un estado de sufrimiento necesario; pero al mismo tiempo saludable para la humanidad".

Nitti, en el prefacio de su obra "Europa sin Paz", se expresa así: "Las grandes guerras modernas, por su inmensidad, por las pasiones que sublevan, por los odios que despiertan, son también grandes guerras civiles. Todos los pueblos salidos de la guerra se encuentran agitados por estremecimientos de discordia interna, además que por odios violentos en el exterior". Más adelante agrega: "la paz en el interior, la reconstitución de la riqueza, son funciones que tocan a la riqueza exterior y a la política de paz que cada país persigue", y exclama: "Vengan las nuevas fuerzas de la vida a hacer desaparecer las tinieblas que ahora oprimen a Europa".

Novicow en su libro "La Justicia y la Expansión de la vida", refutando a los darwinistas sociales, expone: "Al afirmar el darwinismo social que las formas superiores de la asociación humana sólo son posibles por medio de la guerra, incurre en contradicciones fundamentales; tal afirmación implica la idea de que actos de disociación puedan producir la asociación y que actos patológicos sean normales.

"En efecto, la guerra no es más que una serie de homicidios y de destrucción de riquezas: significa pues, una disminución de la intensidad vital, un estado patológico de los individuos. Afirmar, pues, que se aumenta la intensidad vital de las sociedades con la guerra, equivale a afirmar que son las enfermedades las que aumentan la salud de los hom-

Algunas consideraciones, etc.

2875

bres. No es la guerra la que da origen a la civilización sino el trabajo".

Andrew Carnegie, en su célebre discurso dirigido a los estudiantes de la Universidad de San Andrés, afirma lo siguiente: "Es un crimen destruir la vida humana por la guerra y es un deber ofrecer o aceptar el arbitraje como una institución que debe necesariamente reemplazarla y que, según nosotros, está destinada a ser enérgicamente reclamada por la Iglesia, por las Universidades y todos los intelectuales".

Por nuestra parte estimamos que la guerra es la más bárbara negación de la condición humana, una de las taras ancestrales que debemos extirpar, y para verificar nuestro aserto vamos a considerarla desde el punto de vista económico, desde el punto de vista ético, desde el aspecto biológico y desde el punto de vista jurídico.

Es muy corriente oír el grave error de que las guerras son un factor de progreso económico, quizá si bajo la influencia del recuerdo de las conquistas que hicieron la grandeza de Roma.

Sería excusable el error anotado si nos retrotraemos a los primeros siglos de nuestra era, cuando entre un pueblo y otro no había relación alguna, ni comercial, ni política ni espiritual; pero hoy ya no es posible tal creencia si consideramos la internacionalización de la vida moderna, la estrecha relación de los pueblos, a consecuencia del desarrollo del comercio, de la industria, de las vías de comunicación y de la cultura.

Recordemos la Guerra Mundial de 1914 y veremos que, no obstante la clarividencia y el genio de los estadistas de los países vencedores, sus respectivas naciones y el mundo entero se debaten ante la crisis económica más siniestra que registra la historia.

Francisco Nitti, en su libro ya citado, dice: ¿hay alguien que recuerde los años que precedieron a la gran hecatombe mundial?

"Parece que haya transcurrido un gran espacio de tiempo, que se trate de una época lejana, nebulosa; tanto varia-

ron las condiciones de vida y tanto mudaron las condiciones de la misma.

"Cerca de treinta millones de muertos separan las dos edades, muchos hombres ha matado la guerra, muchos más aún las enfermedades, pero incomparablemente mayor es el número de muertos de hambre. Los muertos forman una gran barrera entre la Europa de ayer y la Europa de hoy".

Vamos a considerar ahora la guerra desde el punto de vista ético, y desde este aspecto son curiosas e interesantes las opiniones de los publicistas y de algunos hombres eminentes.

Moltke se expresa en estos términos: "la paz perpetua es sólo un sueño y ni siquiera un sueño hermoso. La guerra es uno de los elementos de orden establecidos por Dios. En ella se expande las más nobles virtudes del hombre. A no ser por la guerra, el mundo degeneraría y antes de mucho, se hundiría en un fangal de materialismo".

Renan, dice: "Si la torpeza, la negligencia y la falta de visión de los Estados no produjeran el choque de éstos entre sí, apenas podemos imaginar los abismos de degeneración a que descendería la raza humana. La guerra es una de las condiciones del progreso, el aguijón que se opone a que los pueblos se adormezcan y obliga aún a la mediocridad a despertar de esa apatía. Lo único que sirve de sostén al hombre es el esfuerzo y la lucha. El día en que la humanidad realice un gran Imperio Romano pacífico, sin enemigos exteriores, ese día su moralidad y su inteligencia se hallarán en el mayor peligro".

Oigamos ahora al pintor maravilloso de la vida y de los hombres, a Guy de Maupassant. Habla así: "Reunirse en manadas de cuatrocientos mil hombres, andar de noche y de día sin descanso, no pensar en nada, no estudiar nada, no aprender nada, no leer nada, no ser útil a nadie, podrirse en la suciedad, dormir sobre lodo, vivir como bestias, en continuo estado de embrutecimiento, saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos, encontrar luego otra aglomeración de carne humana, lanzarse sobre ella, formar charcos de sangre, llanuras de carne machacada, mezclada con la tierra fangosa

Algunas consideraciones, etc.

2877

y roja, montañas de cadáveres por doquiera; quedarse sin brazos ni piernas, con los sesos hechos papillas, sin provecho para nadie y reventar en el rincón de un campo, mientras nuestros padres viejos, nuestra mujer y nuestros hijos se mueren de hambre... eso es lo que llaman no caer en el odioso materialismo".

Negamos, por nuestra parte, todo valor ético a la guerra, porque en ella el hombre pierde su calidad de ser racional para transformarse en un ente grotesco, instintivo y sanguinario.

Por lo demás, si nos colocamos en el terreno de la sociedad civil, vemos que el homicidio, de cualquiera naturaleza que sea, constituye un quebrantamiento moral; y la guerra, ¿no es la suma de homicidios de millares de hombres técnica y bárbaramente ejecutados?

Millones de hombres desconocidos entre sí que se matan sin piedad, ignorando a menudo cuál es la causa de ello, muchos de los cuales, por sobre las fronteras, están unidos por el vínculo noble que crea la caricia sutil de un hermoso ideal común. Cuántos maestros muertos por maestros en una guerra, cuyos corazones laten alentados por los mismos ideales de reivindicación humana. Cuántos hombres de ciencia muertos por hombres de ciencia, cuya labor en conjunto hubiera sido fecunda para la humanidad.

Miremos ahora la guerra desde el punto de vista biológico. La célebre teoría de Darwin ha dado nacimiento a la escuela del darwinismo social, que sostiene que los seres están sometidos a una lucha constante en la cual han de salir vencedores los más fuertes, los más aptos, y, por consiguiente, esa lucha trae consigo la selección. Los partidarios de la guerra, fundándose en el darwinismo social, argumentan que ella es un factor necesario para evitar la degeneración de la especie humana.

En realidad, la lucha es la condición de supervivencia para el hombre, como para todos los seres; pero se trata de la lucha del hombre con el universo y no con los demás hombres; es la lucha de un organismo — la sociedad humana —

por adaptarse a su medio, el mundo; no la lucha entre las diversas partes de un organismo.

El individuo en su aspecto sociológico, no es el organismo completo, ni tampoco la nación. Si así entendemos la ley biológica se comprende que la tendencia irresistible del hombre a alejarse del conflicto y fomentar la cooperación, no es sino la creciente adaptación del organismo (el hombre) a su ambiente (el planeta, la naturaleza primitiva), conducente a una vitalidad más intensa.

Por otra parte, los darwinistas confunden la lucha de individuos y la luchas de sociedades. Si nos colocamos en el terreno de la lucha por la vida, tal como existe entre los animales, entonces tendremos que ver a los hombres luchando entre sí, hombre contra hombre, tal vez jefe de familia contra jefe de familia, a la manera del jabalí que defiende a sus jabatos; pero no a sociedades de animales luchando unas contra otras, pues eso no existe en la naturaleza, y sólo se observa excepcionalmente en algunas sociedades de hormigas.

Si se busca una comparación entre la lucha por la vida de los hombres y las bestias, tal vez la encontraríamos en el combate a navajazos entablado entre dos rufianes en el fondo de un garito, y ¿se podría aceptar que aquélla es la imagen de la lucha por la vida? Necesariamente debemos concluir que no.

Después de lo dicho, sostenemos que la guerra no importa una selección de la especie, porque quienes concurren a ella, a sacrificar sus vidas, no son los deformes ni los paralíticos, ni los tuberculosos, ni los cretinos, sino el elemento sano, joven y vigoroso de las naciones beligerantes.

De donde se infiere que la guerra no importa la eliminación del débil para que continúe viviendo el fuerte; es todo lo contrario; constituye una contra selección. He aquí un dato sugestivo: la estatura media del francés después de 1870 ha disminuído en algunos centímetros y después de la guerra europea de 1914 ha habido un notable aumento de enfermedades nerviosas.

La doctrina que sustentamos ha sido defendida con bri-

Algunas consideraciones, etc.

2879

llo por Norman Angell en su libro "La Grande Ilusión" y por Charles Richet en su obra "El pasado de la guerra y el porvenir de la paz".

Nicolai en su "Biología de la Guerra", analizando el instinto bélico manifiesta que el placer de la guerra es un instinto independiente de toda reflexión, y como nos han enseñado que los instintos son lo más precioso en los hombres, cuando un pueblo ha perdido sus verdaderos instintos y sigue instintos falsos, sucumbe.

Continuando sobre tal materia dice: "llamamos instintiva una acción que un animal ejecuta con regularidad y sin conciencia, como por ejemplo, los movimientos de succión del recién nacido, el cierre de las pestañas ante la lesión que amenaza el ojo, etc. Ahora bien, como la inmensa mayoría de los actos instintivos persigue una finalidad realmente asombrosa que supera con muchos a la comprensión imaginable del animal correspondiente, se podría formar la opinión de que un instinto es conveniente en todas las condiciones.

Agrega que tal concepción es falsa, porque los instintos pueden errar. Textualmente sigue: "En los animales inferiores todos los actos se operan de un modo puramente automático; igualmente todos los influjos posibles provocan en tales animales determinadas reacciones forzosas, maquinales. Pero cuando esas reacciones son nocivas para el animal, la raza correspondiente sucumbe pronto. De ahí se deduce por sí mismo, que sólo se han conservado aquellas especies de animales construídas de tal modo que estuvieron siempre atraídas por las acciones beneficiosas para ellas y alejadas de las que les perjudicaban. De igual modo han surgido también los instintos más complicados a los animales superiores. Algunas de esas reacciones son tan decisivamente importantes para la vida que tienen que existir igualmente en todos los animales". Prosigue: "Así se tropieza en la naturaleza junto a muchos instintos útiles también con algunos perjudiciales. En todo caso el hecho de que una acción se ejercite instintivamente no prueba en sí que sea conveniente en determinadas circunstancias; pero, en cambio, podemos concluir con seguridad que en el tiempo en que apareció el

instinto ha sido benéfico. Por tanto, si el hombre tiene instintos guerreros, eso prueba de que ha sido necesario hacer la guerra, pero no quiere decir que sea necesario también hacerla todavía. Según puede enseñarnos el ejemplo de la polilla que vuela hacia la luz, los instintos son extraordinariamente conservadores y persisten aun cuando las condiciones que los provocaron hayan desaparecido hace ya mucho. Existe incontable número de casos.

"Ningún instinto es, pues, en sí útil, sino que sólo tiene derecho a la existencia mientras el ambiente perdure idéntico.

"Para nosotros, seres humanos, lo dicho tiene más validez aún, pues como poseemos la capacidad de transformar nuestro medio en grado infinitamente superior al de los animales, llegamos más fácil y más frecuentemente a la situación de tener que vivir en nuevas condiciones; pero en cambio tenemos el deber de adaptar nuestras costumbres (instintos) dentro de lo posible, a esas condiciones de vida creadas por nosotros mismos.

"Si un animal llega a un nuevo ambiente con instintos que no se ajustan a ese ambiente, según su naturaleza, hace siempre lo correcto, pero con ellos sucumbe.

"Así ha desaparecido una especie animal tras otra, porque no pudieron modificarse. ¿Habría de sucumbir también el hombre por no querer modificarse?

"Pues el hombre podría modificarse: no necesita como la bacteria hacer siempre sólo lo adecuado a su naturaleza, sino que puede obrar también de otro modo y adaptarse, siendo como es, eternamente capaz de transformación. Sólo el hombre puede lo imposible, elige, y en esa elección puede ciertamente equivocarse. Pero esa maldición del error es la consecuencia necesaria de la libertad y produce la bendición de poder modificarse, la de poder aprender".

Continúa más adelante: "Fácilmente se puede mostrar que los instintos guerreros no son atributos necesarios o sólo característicos de la especie humana, sino que significan más bien lo contrario, una falsificación del pensamiento de la humanidad: por lo menos en cuanto que el hombre, de acuer-

Algunas consideraciones, etc.

2881

do con su verdadera naturaleza, es, por su origen, un animal social y pacífico.

“Esto ya se deduce propiamente de la anatomía del hombre, pues está formado para la humanidad; su figura misma le enseña espíritu de paz, no devastación criminal banditista. Es el animal más inerme que conocemos: no tiene cuernos, ni dientes, ni garras, ni pesuñas, ni caparazón defensiva, ni glándulas venenosas, de tal modo que sus indefensos antepasados, los monos, sólo pudieron sostenerse por el hecho de haberse protegido, al menos en cierto modo, teniendo su habitación en las raíces móviles de algunos árboles.

“Tal vez la prueba decisiva de la primitiva naturaleza gregaria de la especie humana es el propio lenguaje. Nadie duda de ello y nadie puede tampoco dudar de que un hombre sin lenguaje no es un hombre, que la adquisición de la capacidad de hablar coincide, por lo menos, con la humanización, pero probablemente la precede. Ahora bien, es la cosa más natural que un lenguaje no puede surgir nunca en los individuos aislados, si no siempre en la comunidad”.

Termina Nicolai el capítulo pertinente de su obra relativo a la materia que tratamos con la siguiente frase: “El hombre es, pues, como sabía ya Aristóteles, un animal social por naturaleza. La fraternización general entre los hombres es más vieja y más primitiva que la lucha recíproca que ha aparecido tan sólo más tarde en la humanidad”.

Pasemos en seguida al aspecto jurídico de la guerra. ¿Constituye un derecho?

Según Calvo, “desde cierto punta de vista, la historia del derecho internacional no es otra cosa, en el fondo, que la justificación completa de la guerra”.

“En la sociedad civil, dice, se han instituido tribunales encargados de dirimir las cuestiones de derecho producidas entre los particulares, y cuando la parte que ha lesionado derechos no se somete a esa decisión, es constreñida por la autoridad para su cumplimiento. En la sociedad internacional no hay una autoridad que haga cumplir la decisión, si las partes se han sometido al arbitraje”.

“En ausencia de otro medio, cada nación recurre a la

fuerza, y trata de defender sus derechos recurriendo a la guerra".

Montesquieu, en su "Espíritu de las leyes" expresa: "la vida de los Estados es como la de los hombres. Estos tienen el derecho de matar en el caso de la defensa legítima; aquéllos tienen el derecho de hacer la guerra para su propia conservación. En el caso de la legítima defensa, tengo el derecho de matar, porque mi vida me pertenece, como la vida del que ataca es suya; de la misma manera, un Estado hace la guerra, porque su conservación es justa como cualquiera otra conservación. El derecho de la guerra deriva, pues, de la necesidad y de la justicia rígidas".

Funck Brentano y Sorel replican: "No hay que confundir la guerra con la legítima defensa. La legítima defensa puede ser un deber del Estado hacia las naciones que representa, y, por consiguiente, llegar a ser una causa de guerra; pero la legítima defensa no es un deber internacional: no procede de obligaciones recíprocas de los Estados. De donde se sigue que la guerra no es un derecho para los Estados. No resulta de ninguna de sus obligaciones recíprocas, y estas obligaciones son el único fundamento de los derechos que tienen los unos respecto de los otros. La guerra estalla, porque los estados no puede ponerse de acuerdo sobre los derechos que se atribuyen, y ella asegura necesariamente el éxito del Estado más fuerte. Decir que es un derecho para los Estados equivale a decir que no hay entre ellos otro derecho que la fuerza".

El ilustre hijo de Königsberg manifiesta: "la manera que tienen los Estados de procurar su derecho no puede ser nunca un proceso, un pleito, como los que se plantean ante los tribunales, ha de ser la guerra. Pero la guerra victoriosa no decide el derecho, no acaba con el estado de guerra latente, pues siempre caben, para reanudar la lucha pretextos y motivos que no pueden considerarse, sin más ni más, sino como injustos, puesto que en esa situación cada uno es juez único de su propia causa".

Sostenemos que la guerra no es un derecho: 1.º) porque quien hará triunfar su causa será el más fuerte, y la razón

Algunas consideraciones, etc.

2883

no siempre ha de estar de parte de éste; 2.º) porque el Tribunal que decide la controversia es la guerra misma y ésta va a decidir no conforme a derecho sino conforme a las fuerzas del vencedor, y 3.º) porque la guerra no puede equipararse a la legítima defensa, ya que en esta última es menester que haya proporción entre la agresión y el medio de repelerla, y en la guerra la supuesta parte ofendida no reparará en la condición del adversario para aniquilarlo en la forma más rápida posible, ni tampoco habría Tribunal que resolviera esa proporcionalidad.

La guerra estimada como un derecho no podría ser otra cosa que una horrible supervivencia de los juicios de Dios.

Resumiendo, debemos lógicamente colegir que la guerra no se justifica ni desde el punto de vista biológico, ni ético, ni económico, ni jurídico.

Surge ahora el gran problema: ¿Cuáles son los medios para poner fin a la guerra? Entramos sin duda alguna, y para desgracia de la humanidad, al terreno de la utopía.

No obstante, señalamos entre tales medios el arbitraje obligatorio con sanciones económicas, la limitación de la soberanía de los Estados, la organización racional y equitativa de una Sociedad de Naciones, el libre cambio y la educación adecuada para extirpar en los hombres el sentimiento guerrero.

Se impondría así el desarme universal, que tal vez podría ser simultáneo.

Jean Jaurés presentó esta idea en un discurso que pronunció el 19 de Noviembre de 1905 en el banquete franco-inglés en el Gran Hotel de París, que dice así: "Al soplo del áspero viento del invierno indefinidamente perenne, los árboles se herían y chocaban unos contra otros, con ruidos de espadas que se rompen. En fin, cuando después de una larga serie de noches heladas y de días pálidos que se parecían a las noches, los seres y las cosas experimentaron las primeras tentaciones de la primavera, los árboles tuvieron miedo de la savia que en ellos se agitaba y a cada uno de ellos el genio solitario y áspero que vivía dentro de su corteza, le decía con voz muy baja: "Ten cuidado. Si te arriesgas a

ser el primero en cubrir de hojas y flores tus ramas secas y agudas como lanzas, la delicada magnificencia de tu adorno será devastada por el choque rudo de los árboles que florecen más lentamente"

Y con resistencia particularísima, un genio melancólico y altanero decía, a la gran encina druidica, en cuyo interior se hallaba encerrado: "No querrás tú, a quien los huracanes han roto nobilísimas ramas, tomar parte en la fiesta de vida universal?

"Así, en el bosque hechizado, la recíproca desconfianza rechazaba la savia, a pesar de las instancias de la primavera, y prolongaba el duro invierno, que semeja a la muerte. ¿Qué ocurrió un día, y por qué misterios se rompió el funesto hechizo? ¿Cuál fué el árbol que se arriesgó primero, imitando a esos álamos de Abril que surgen como cohetes de verduras y dan de lejos la señal de la renovación?

¿Fué un rayo de sol más ardiente y vivo que los otros lo que decidió a todas las savias a un tiempo? Lo cierto es que el bosque entero estalló con magnífica abundancia y pacífica alegría".

En algunas escuelas se celebra el 18 de Mayo el Día de la Buena Voluntad, aniversario de la primera Conferencia de la Paz, que se efectuó en La Haya el 18 de Mayo de 1899. Ginebra y el país de Gales abren concurso entre sus escolares para que redacten un saludo a todos los niños del mundo.

He aquí el mensaje que los niños del país de Gales transmitieron por radio a los niños de todo el mundo.

"Nosotros, niños del País de Gales, enviamos un saludo cordial a todos los niños de los demás países de la tierra. No queréis vosotros, millones de camaradas, sostener con vuestro juvenil entusiasmo a los que, perteneciendo a todas las razas y a todas las naciones, hacen todo lo que está en su poder para abolir para siempre y sin efusión de sangre las viejas querellas? Si triunfáramos en esa grande cruzada, llegaría un día, cuando seamos hombres, en que nos sintamos satisfechos de pertenecer al país donde nacjmos.

Viva la S. D. N., amiga de todas las madres, protectora de todos los hogares y de la juventud del mundo entero.

Algunas consideraciones, etc.

2885

Los escolares de Ginebra, el 18 de Mayo de 1926 radiaron este saludo:

“Pequeños camaradas de todo el mundo: En este día, 18 de Mayo, que se consagra a la Buena Voluntad, los niños de Ginebra os envían un mensaje de paz.

“Nosotros no os conocemos; pero en el fondo de nuestros corazones hay algo que nos empuja a querernos. Sentimos horror ante la idea de una nueva guerra, que devastaría los países y esparciría las brutalidades y odios entre nosotros.

“Siempre que los padres han tomado las armas los niños han sido las primeras víctimas. Cuando nosotros seamos grandes no permitiremos que lloren nuestras madres; formaremos un pueblo nuevo y cantaremos un himno universal, como signo de amor entre los hombres.

“Qué bella estará la tierra con las cosechas de nuestra gran familia civilizada.

“Decidnos si nuestras esperanzas son las vuestras, a fin de que, gracias a todos nosotros, el mundo sonría a la paz universal que ya se eleva como el sol por el horizonte”.

Termino invitandoos a que luchemos por el bello ideal de la paz: pongamos fuerza vital en nuestras conciencias y fuego sagrado en nuestros corazones. Y entonces la palabra llena de amor y de ternura que el Divino Nazareno pronunciara, hace cerca ya de dos mil años, habrá penetrado en el alma de los hombres.
